

# ¡EXTRA!

## Alfaeridiani

Revista de Ciencia-Ficción y Fantasía

Cuando las estrellas brillen de nuevo  
de José Carlos Canalda Cámara



Apocalipsis relativo  
de Alfredo Alamo

*Especial Premios Ignotus 2004*

ISSN: 1695-1859



# ESPECIAL PREMIOS IGNOTUS 2004

## Índice:

### Presentación

por Sandra Bayona.....1

### Cuando brillen las estrellas de nuevo

por José Carlos Canalda Cámara.....3

### Apocalipsis relativo (o no)

por Alfredo Álamo.....40

**EDITOR:** JOSÉ JOAQUÍN RAMOS DE FRANCISCO

**CO-EDITOR:** SERGIO BAYONA PÉREZ.

**ZONA DE DESCARGA:** <http://www.alfaeridiani.com/>

**E-MAIL DE CONTACTO:** [alfaeridiani@yahoo.es](mailto:alfaeridiani@yahoo.es)

**LISTA DE COLABORADORES:** [alfaeridiani@yahoogroups.com](mailto:alfaeridiani@yahoogroups.com)

#### **Aviso Legal Importante:**

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.



## PRESENTACIÓN

por Sandra Bayona

¿Brillarán las estrellas antes del fin?

Es verdad: hay muchos relatos sobre imperios galácticos, en su inicio, en el cenit o en decadencia. Hay muchos relatos de corte post apocalíptico, a nivel social, planetario, o galáctico. Al comenzar a leer *Cuando las estrellas brillen de nuevo*, y en cierto modo alertada por el comentario previo, sabía que estaba frente a una nueva versión de un tema ya tratado: un imperio galáctico colapsado, que intenta retornar a su antigua gloria. Sin embargo, el lector que prefiera prescindir del paratexto (y que tal vez tome así una sabia decisión) quizá pueda percibir el devenir de la historia solamente a través de los ojos de Zealt. Entonces la trama de ese *otro* posible universo se irá descubriendo de a poco; la conciencia de que el relato transcurre en un tiempo post-imperial se irá formando a medida que avanzamos. El lector acompañará al protagonista en el camino del conocimiento.

Porque si bien este cuento de José Carlos Canalda Cámara retoma algunos conceptos que son un lugar común en la literatura en general y en la Ciencia Ficción en particular, también es verdad que en cierto modo el punto de vista es diferente. Nos vemos inmersos en la experiencia de un niño nacido en una civilización que ha ido retrocediendo en aspectos tecnológicos (con tintes de Gerald Kersh y del mundo de *Meg la sacerdotisa*), en la cual el saber otorga poder. Pero no un poder opresivo, sino uno que en el momento apropiado actuará a la altura de las circunstancias. Esta es una de las innovaciones que José Carlos introduce, y que señalan a su cuento como algo más que uno más de tantos.

Zealt, el niño-adolescente que parte de su pueblo, es el mismo que volverá hombre, con más sabiduría, pero con la misma apertura de mente y corazón que lo llevó a ser uno de los guardianes del conocimiento. Podríamos decir que parte en un viaje iniciático de varias etapas, que siempre implican horizontes más amplios a los que nunca se niega, pero que nunca entorpecen su habilidad para percibir la naturaleza de los seres humanos y los eventos.

Si bien la extensión del cuento no permite un desarrollo más profundo de los personajes y las circunstancias, lo que se nos permite ver del joven Zealt y su realidad hace eco de algunas líneas del poema de Alfredo Álamo: *Y se acaba el sueño de las civilizaciones, pero la orquesta sigue tocando.*



¿Qué es, entonces, este Apocalipsis relativo de Alfredo? ¿Un final, un borrar todo para que vuelva el vacío, o en realidad un hacer sitio para que algo nuevo surja? ¿O simplemente una reflexión a media voz, tratando de encontrar alguna respuesta?

Tal vez no lo sabemos, pero en el mundo del cual nos contó José Carlos, es posible que las palabras de Alfredo hayan sido escritas por Zealt...

Sobre imperios galácticos caídos y sobre revelaciones finales, son las obras que hoy presenta Alfa Eridiani y han sido seleccionadas como candidatas a los Premios Ignotus 2004.

En cuanto a los autores comentar que José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española* (Pulp Ediciones, 2001) y ha colaborado en *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio Ignotus 2003) y en las revistas *Solaris*, *Valis* y *Pulp Magazine* (premio Ignotus 2002), sin descuidar tampoco las páginas web *Sitio de Ciencia Ficción* ([www.ciencia-ficcion.com](http://www.ciencia-ficcion.com)), *Página de las Novelas de a Duro* ([www.dreamers.com/igor](http://www.dreamers.com/igor)), *BEM* ([www.bemonline.com](http://www.bemonline.com)), *Stardust* [www.stardustcf.com](http://www.stardustcf.com) o *Cyberdark* ([www.cyberdark.net](http://www.cyberdark.net)). En lo que respecta a los relatos, tiene publicadas obras tanto en papel (*Pulp Magazine*, *Asimov*, *Artifex*, *Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico*, *Menhir*) como en formato electrónico (*Sitio de Ciencia Ficción*, *BEM*, *Qliphoth*, *Alfa Eridani*, *Púlsar*, *La Plaga*, *Tau Zero*, *Revista Ochocientos* y *Axxón*).

Alfredó Álamo: Valencia, España, 1975. Fue finalista en el concurso de poesía de Ciencia Ficción de Ciencia Infusa del 2002. En la actualidad intenta hacerse un pequeño hueco en el mundo de la literatura fantástica y de anticipación. Ha colaborado publicando varios cuentos en las revistas Alfa Eridiani, Qliphoth, Revista 800, May-Cro, TauZero y en Axxón, donde colabora con Sergio Gaut Vel Hartman en la sección Ucronias. ¿Algo más? Disfruta jugando al baloncesto siendo bajito, practicando aikido aunque no tiene coordinación y bebiendo cerveza negra cuando se hace de noche. Actualmente, publica un serial en el Sitio de Ciencia-Ficción ([www.ciencia-ficcion.com](http://www.ciencia-ficcion.com))

© Sandra Bayona



## CUANDO LAS ESTRELLAS BRILLEN DE NUEVO

por José Carlos Canalda Cámara

Interesante cuento el de José Carlos. Hay muchos escritos sobre imperios galácticos que caen e intentan recuperarse. La mayoría no deja espacio a la libertad humana véase la mano muerta de Sheldon o el inteligente héroe y por lo tanto capaz de imponer su criterio como en EL IMPERIO DEL ÁTOMO y EL HECHICERO DE LYNN de Alfred E. Van Vogt, ambas sin publicar en español. En esta no, deja más a la libertad. Pero pasen y léanla.

*Somos hijos del barro animado,  
pero también del cielo estrellado.  
Leyenda náhuatl*

A tardecía. El frío ambiente se veía encendido por los vívidos fulgores del ocaso, cortados aquí y allá por las largas y descarnadas sombras de las calcinadas ruinas. Pronto caería la noche, y no convenía permanecer demasiado tiempo en aquel lugar. Los ancianos hablaban de espíritus malignos que rondaban en torno a sus antiguas moradas protegiendo a éstas de la profanación por parte de insensatos intrusos; pero Zealt se mofaba de ellos y de sus infantiles temores, no vacilando en internarse una y otra vez por la Zona Prohibida alcanzando en sus excursiones a la misma Ciudad Muerta, en cuyo solar se encontraba ahora. Allí no había sino escorpiones y otras alimañas medrando en torno a la mezquina vegetación que invadía el recinto muerto. Ni polvo quedaba ya de sus antiguos moradores, víctimas todos ellos de la Gran Catástrofe acaecida miles de períodos atrás, pero a pesar de todo podría llegar a ser peligroso aguardar a la caída de la noche en este desolado lugar; las quimeras sí eran reales, y amparándose en las densas tinieblas podrían crearle dificultades. Suspirando una vez más Zealt recogió en su faltriquera los para él preciosos objetos hallados entre las ruinas, descendiendo del sillar en el que había estado encaramado hasta entonces y tomando el camino de vuelta al poblado.

Era ya noche cerrada cuando vislumbró a lo lejos las luces de la aldea. Ninguno de los dos satélites, el Azul y el Amarillo, se hallaban sobre el horizonte, lo que contribuía a hacer todavía más densa la oscuridad reinante, apenas rasgada por miríadas de parpadeantes estrellas. Realmente había obrado con muy poca precaución; aun cuando ya no fueran tan abundantes como antaño, todavía era posible tropezarse con alguna hambrienta quimera, y él con su honda poco podría hacer contra los colmillos de la peligrosa fiera. Sin duda le aguardaba una agria regañina al llegar por fin a la cabaña; su madre se oponía a las para ella inútiles excursiones y no comprendía, como nadie en el poblado, que se arriesgara una y otra vez a introducirse en la temible Zona Prohibida para conseguir tan sólo unos herrumbrosos fragmentos de chatarra inútiles



por completo para la economía local. Sólo una persona, el viejo Tenser, había conseguido entenderse con él haciéndole participe de su singular pasión por los restos dejados por la antigua civilización que en los Tiempos Felices había dominado el planeta. Pero Tenser estaba muerto, tan muerto como aquellos míticos antepasados, y ahora Zealt se veía aislado y rechazado por aquella comunidad que no le comprendía tachándole de extravagante cuando no de loco.

Temerosamente, aguardando con resignación la inevitable paliza, penetró cabizbajo en la mísera vivienda contemplando con estupor que no era su madre la única ocupante de la pieza. En efecto, acomodados en los dos únicos escafeles disponibles, se hallaban dos Monjes mientras su madre, revoloteando torpemente en torno a tan importantes visitantes, intentaba en vano halagarlos con los escasos medios de que disponía.

Un largo e incómodo silencio acogió la llegada de Zealt. Su madre, brazos en jarra, tenía fija su mirada en él reflejando en su rostro una extraña mezcla de consternación y salvaje alegría. Los Monjes, por su parte, mostraban una estudiada expresión de indiferente interés hacia él, aunque sin abandonar por ello su actitud de solemne hieratismo. Y fue uno de ellos, el de mayor edad, el que inició el diálogo.

—¿Eres tú Zealt, hijo de Panor?

—¡Sí, oh poderosos señores! —respondió impacientemente su madre— Éste es mi hijo.

—¡Calla, mujer! —le recriminó su compañero— Deja hablar al muchacho. Dime, Zealt, ¿eres tú quien se introduce en la Zona Prohibida?

—Disculpadle, señores, es sólo un niño. —volvió a gemir aterrorizada, temiendo un castigo por haber perturbado el descanso de los espíritus— Nada malo ha hecho... Sólo quería jugar.

—Acércate. Ningún daño vamos a hacerte. —insistió afablemente el Monje— Sólo queremos saber qué haces en la Zona Prohibida.

El aturdido Zealt dio un paso al frente animado por la tenue sonrisa esbozada por ambos personajes. Y habló. Habló de Tenser, el viejo chiflado que excitara su imaginación infantil relatándole los tiempos anteriores a la Gran Catástrofe en los que todos eran felices. Relató la fascinación que le producía la visión de las ciclópeas ruinas de lo que otrora fuera la residencia de los dioses. Porque, ¿quiénes sino dioses serían capaces de crear algo semejante a la Ciudad Muerta? Mostró, por fin, su gran tesoro, los distintos utensilios hallados por él en el arruinado recinto, observando con estupor cómo sus interlocutores contemplaban con mal disimulado interés las polvorientas reliquias. Transcurrieron unos instantes en calma, con el silencio solamente roto por los gemidos



de la mujeruca que, con perruna humildad, permanecía acurrucada en un rincón de la choza, antes de que por fin hablaran en la cúspide de su majestad haciendo callar una vez más a su gesticulante madre.

—Escucha, Zealt, escucha bien. —dijo el más joven— Somos unos enviados del Monasterio. Nuestra misión es recorrer todas las aldeas buscando jóvenes aptos para incorporarse a nuestra comunidad. Tu jefe de clan nos habló de ti, y te consideramos capaz de superar las pruebas de selección para formar parte del Monasterio. Muy pocos son los elegidos, pero ahora eres tú quien tiene que decidir. ¿Deseas convertirte en novicio abandonando a tu gente, a tu mundo? No te prometemos una vida fácil, pero sí una labor totalmente dedicada a proteger a la sociedad en la que todos nosotros nacimos. Tú tienes la palabra; decide ahora que puedes. No habrá una segunda oportunidad.

Todo sucedió rápidamente, ya que los Monjes huían de cuanto pudiera significar un retraso en sus metódicos y elaborados planes. Una vez obtenido (más bien arrancado) el consentimiento del perplejo muchacho, se aprestaron para el rápido retorno al Monasterio. Fue un viaje largo e incómodo en una destartalada carreta que, no obstante, constituía un lujo jamás visto en aquel mísero villorrio. Días más tarde los tres viajeros llegaban frente a la inmensa mole del edificio, una grandiosa construcción de piedra incrustada en las rocas que formaban sus cimientos como una continuación del escarpado acantilado sobre el que se alzaba. Nadie sabía cuantos períodos habían transcurrido desde su construcción. *Es tan antiguo como el mundo.* Decían los aldeanos. No era cierto, por supuesto, pero sí cabía atribuirle una antigüedad al menos similar a la de la Ciudad Muerta mientras la milenaria y hermética sociedad que lo habitaba parecía hundir sus raíces en el seno mismo de la Antigua Civilización allá cuando ocurrió la Gran Catástrofe. Pero allí estaba, incólume al paso del tiempo, con sus oscuras murallas cubiertas por la pátina de la vejez como un informe manchón recortado en el gris ambiente: Gris océano y gris firmamento, aun cuando algunos ancianos afirmaran que en los Tiempos Felices fueran de un maravilloso y casi olvidado color azul.

Una indescriptible sensación de ahogo invadió a Zealt al atravesar el dintel del desproporcionado portalón que, como una mítica boca, semejaba devorarlo. Aun dentro de su desorientación era plenamente consciente de que un nuevo mundo se abría ante él. Era una ruptura total con el pasado, con generaciones y generaciones de antepasados que habían nacido, vivido, procreado y fallecido sin más horizonte que las descarnadas colinas que separaban su aldea de la Zona Prohibida. Muy pocos eran los elegidos, y Zealt había sido seleccionado para formar parte de una sociedad superior. No podía defraudar en modo alguno a quienes habían puesto en él tan alentadoras esperanzas, se prometió.

Con el transcurso del tiempo sus recuerdos de aquella primera etapa de su nueva vida se verían velados y desfigurados por la nubosa bruma que cubre





piadosamente los antiguos recuerdos. Recordaba no obstante, con meridiana claridad, aquellos difíciles momentos. No fueron cómodos, efectivamente, los comienzos del joven novicio, ya que aquella primera toma de contacto con su nuevo mundo, rodeado de una intangible aureola que impregnaba todos y cada uno de los rincones de su entorno, le resultó difícil de conciliar con sus anteriores esquemas.

Pero el tiempo se encargaría de integrar su espíritu en el ambiente que le rodeaba. Lenta, pero perceptiblemente, fue incorporándose Zealt a la sociedad a la que ahora pertenecía. Su alma formaba ya parte integrante del todo. Por fin comprendía; el largo período de noviciado quedaba atrás, indeleblemente grabado en su memoria. Pero era sólo eso, un agrisulce recuerdo. El Gran Momento había llegado.

A pesar del calificativo con el que eran denominados por el pueblo, motivado quizá por el hecho de que utilizaran ropas talares como única y obligada indumentaria, no eran los moradores del Monasterio una comunidad religiosa; esta labor quedaba reservada a los fanáticos santones que, tan ignorantes como el resto de sus congéneres, se dedicaban a predicar con místico celo la existencia de extraños y vengativos demonios. El verdadero nombre de los Monjes, conocido únicamente en el seno de su cerrada comunidad, podría traducirse como *Magos* o *Sabios*, aun cuando el verdadero significado de esta palabra se hubiera perdido en la noche de los tiempos.

No se trataba, pues, de una ceremonia religiosa el acto al que iba a ser sometido Zealt, el nuevo Monje. Era, simplemente, el eslabón que encadenaba una etapa ya concluida, la adaptación, con la que ahora iba a comenzar: El aprendizaje. En esencia no se trataba más que de una entrevista con el Gran Antiguo, título con el que era denominado el máximo rector de la comunidad, y aun cuando no fuera sino poco más que un trámite, la carga emocional que comportaba no dejaba de inquietar al ahora bien templado Zealt. Iba a verse frente a frente con el Gran Antiguo, personaje semidivino incluso para los novicios, a los cuales estaba vedado cualquier tipo de contacto con él mientras tuvieran esta condición.

El gran momento se acercaba. Tras una noche de ayuno y meditación encerrado en su celda, las primeras luces del nuevo día iluminaron la reducida estancia. Inmediatamente, siguiendo las pautas de un milenarismo ceremonial, la puerta se abrió penetrando en el interior la figura de su preceptor, aquel mismo monje que fuera a buscarle a su remota aldea, aquél que guiara sus pasos a lo largo del difícil camino del noviciado.

—¿Preparado, Zealt? —preguntó.

Éste asintió quedamente incorporándose del catre y siguiendo silenciosamente al anciano Monje. Los corredores y estancias del Monasterio estaban



aún más silenciosos que de costumbre. No era casualidad que, a lo largo de su recorrido, no tropezaran con ninguno de sus compañeros; el ritual exigía como premisa básica la soledad... Sólo él y su preceptor, caminando silenciosamente por el interior del desierto edificio.

Llegaron al fin frente a una puerta, hasta entonces cerrada para él. Tras las hojas de gruesa madera se encontraba el Gran Antiguo, el rector máximo de aquel astro moribundo. Estaba frente a su destino.

—Adiós, Zealt. —musitó su acompañante— Ahora te toca a ti. Volveremos a vernos.

Volvióse Zealt para despedir a su maestro, pero ya era tarde. Éste había desaparecido como fundido en la sombra. Estaba solo, inmensamente solo. Pero debía sobreponerse y traspasar aquel umbral.

La puerta giró suavemente sobre sus goznes abriendo paso al lívido neófito. Éste cruzó el umbral hallándose en una vasta estancia débilmente iluminada. Al fondo, velada parcialmente por la penumbra, se adivinaba más que se veía una figura humana.

—Acércate. —ordenó una voz con amistoso timbre— Acércate, Zealt.

Obedeció a la petición caminando hasta situarse frente a su interlocutor. Ahora lo veía, por vez primera. Era un anciano de edad indefinida vestido con una larga túnica blanca que le cubría hasta los pies. Estaba sentado en un sencillo trono de oscura madera y todo su semblante infundía una indescriptible sensación de paz y sosiego.

—Bienvenido, Zealt. —saludó con voz apacible— Te esperaba. ¡Oh, no! No lo hagas. —exclamó al ver que el aturdido novicio iniciaba una reverencia— Sólo soy uno más de vosotros, recuérdalo. Solamente uno más. Acomódate; la conversación será larga.

Así lo hizo Zealt, sentándose en un diminuto escabel en el que hasta el momento no había reparado. Y allí, embriagado por la irreal atmósfera, procedió a escuchar respetuosa, casi religiosamente, la revelación del Maestro Máximo.

Habló mucho el Gran Antiguo con palabras que invitaban a escuchar, que convertían en un placer extrañamente voluptuoso su interminable y al mismo tiempo breve monólogo. De su boca surgía con vívidas pinceladas la historia del mundo, una historia que muy pocos llegaban ni siquiera a sospechar, y Zealt podría jurar más tarde, tal era la sensación de veracidad, haber contemplado personalmente los sucesos acontecidos a lo largo de milenios de torturada historia.



Supo así de los Tiempos Felices en los que los Señores de las Estrellas dominaban la inmensidad del Universo. En efecto, los constructores de la Ciudad Muerta, los moradores de la Zona Prohibida, habitaban también en la pléyade de astros nocturnos. Y eran felices, inmensamente felices. El mundo, entonces llamado Kalpunt, era un paraíso al igual que todos sus compañeros cósmicos de allende las estrellas. Era una Edad de Oro imposible ni tan siquiera de imaginar.

Pero llegó la Gran Catástrofe. ¿Qué fue lo que desencadenó la reacción en cadena que dio al traste con una sociedad tan perfecta? Nunca se llegó a saber. Quizá fue un castigo del Creador del Universo, justo correctivo al desmedido orgullo de los antiguos galácticos. Quizá fue simplemente el colapso de algo que había llegado a ser inviable. Fuera lo que fuese, en un breve espacio de tiempo los atónitos Señores vieron derrumbarse ante sus ojos la obra que creían perfecta.

Fue una época maldita de guerras y destrucciones en la que la Muerte se enseñoreó de todo el orbe cósmico. La humanidad entera gemía desesperada, inerme ante la hecatombe anhelando la extinción como una liberación frente al caos sangriento en que se había convertido su hasta entonces feliz existencia. La civilización se extinguía irremisiblemente y la barbarie se extendía como una mancha de aceite por todos aquellos lugares en los que poco antes floreciera el saber humano. La Gran Catástrofe se había consumado.

Kalpunt, es decir, el mundo, tampoco se vio libre de la masacre. Ardiendo por sus cuatro costados, viendo saltar sus entrañas víctimas de apocalípticas explosiones, se sumió en el colapso general. Cuando finalmente terminó todo poco quedaba por salvar en Kalpunt puesto que los escasos supervivientes, aislados del resto del otrora poderoso imperio, perdieron su bagaje cultural en el plazo de escasas generaciones una vez desgajados de la sociedad de la que formaran parte. Pero los últimos Señores de las Estrellas, antes de desaparecer, quisieron rendir un último tributo a la civilización extinta: Así surgió el Monasterio, obra póstuma de una cultura que no se resignaba a su desaparición. A sus moradores, descendientes directos de aquéllos que le dieran vida, les fue encomendada la tarea de conservar las reliquias de la era anterior. Algún día serían útiles, pudiendo así ahorrar miles de períodos de tortuosa evolución a la nueva civilización que surgiera de las cenizas de la antigua. Llegarían entonces tiempos mejores en los que los nuevos Señores de las Estrellas incorporarían al mundo a una sociedad estelar mucho más justa y feliz que la extinguida.

—Y esta es nuestra labor, hijo mío. —concluyó el anciano— Velar porque el saber de los Antiguos no se pierda, aun cuando nos veamos obligados a encerrarlo dentro de estas paredes para conseguirlo. Nuestra misión no es comprender, sino conservar. Cientos de generaciones han pasado desde entonces y



todo sigue como el primer día. Hay que esperar, esperar pacientemente la llegada del Gran Día. ¿Cuándo? No lo sabemos. Puede ser mañana, puede ser dentro de mil períodos. Pero llegará, no te quepa la menor duda. Y cuando por fin acontezca, ten por seguro que habrá unos Monjes aguardando, dispuestos a rendir cuentas de su milenario trabajo.

La reunión había terminado. Así lo entendió Zealt, por lo que tras un sencillo gesto de despedida que el anciano recogió con una fugaz sonrisa, abandonó la estancia retirándose a su celda. Ahora que conocía su misión en la soledad de su retiro, mirando al cielo del que algún día descenderían sus hermanos, reiteró la promesa que ya hiciera cuando se incorporó al Monasterio.

\* \* \*

—¿Es éste el planeta? —preguntó una voz a la espalda del capitán Perr Million, máximo responsable de la nave exploradora *Argos*, unidad de combate perteneciente a la Flota Imperial.

—En efecto, éste es Kalpunt... Si estas viejas cartas de navegación no mienten. —respondió dirigiéndose a su oculto interlocutor— Tiene que serlo, no hay ninguna posibilidad de error; es el único planeta de clase C de Talmaat a la Nebulosa Púrpura. Es Kalpunt, no cabe duda.

—¿Qué crees que encontraremos? —Era Pior Kanstel, etnólogo de la expedición, quien de nuevo le interrogaba.

—No hay que albergar demasiadas esperanzas. —respondió Perr— Esta región fue la más castigada en el Interregno, y es muy poco probable que sus habitantes logran salir airosos de la prueba.

—¿Crees que habrán retrocedido culturalmente?

—Es difícil que no haya sido así. Recuerda Talmaat y Sybirt; habían caído en la barbarie cuando llegaron nuestras naves. Todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones, pero ya habéis visto que nuestros receptores no han conseguido recoger la menor emisión de radio. Aparentemente el planeta permanece mudo a nuestras llamadas, y eso es un mal presagio.

—Contacto visual. —anunció de pronto el piloto a través del comunicador interno.

—Veamos lo que nos depara Kalpunt. —sonrió Kanstel dirigiendo su mirada a la pantalla que acababa de conectarse, no tardando en ser imitado por el resto de sus compañeros.



—¿Y bien? —la voz del historiador Julio Cox había roto el tenso silencio.

—Ya lo visteis en la pantalla. —musitó Kanstel— Nada.

—¿Nada? ¿Qué puede significar esto?

—Muy sencillo. —respondió Perr— Han retrocedido.

—Sí, eso está claro. Pero... ¿hasta cuándo?

Un ominoso silencio acogió como inmediata respuesta a la abierta interrogante. Nadie sabía, o nadie quería saber, la inevitable realidad. La tarea del *Argos* no era precisamente agradable; rescatar los despojos del otrora poderoso Imperio Galáctico no podía por menos que frustrar a sus ocupantes tanto más cuanto mayor fuera la brecha abierta entre ellos y sus antiguos súbditos.

—Los hechos son tajantes. —era de nuevo Perr quien retomó el interrumpido diálogo— El planeta no emite la menor señal de radio. Tampoco hemos detectado ningún tipo de radiación atómica, artificial o no.

—¿Insinúas que han retrocedido hasta la era preatómica?

—Todo parece indicarlo. No hay ni rastro de la red de satélites artificiales que deberían envolver todo el planeta. Las instalaciones de la base espacial de la luna exterior fueron arrasadas y jamás reconstruidas. Los habitantes de Kalpunt han debido olvidar hasta los fundamentos de la navegación espacial... No es el primer caso. —concluyó.

—¿Un estancamiento en la fase de tecnología química? —apuntó Cox.

—Quizá ni tan siquiera eso. Es pronto para asegurarlo, por supuesto, pero todos habéis observado las vistas aéreas del planeta. Todo sugiere una economía estrictamente agrícola... De la Era Preindustrial, cuanto menos.

—No olvides las imágenes de las antiguas zonas urbanas. —recalcó alguien— Ahora no son mas que ruinas calcinadas.

—En Sybirt retornaron a la sociedad tribal.

—Es posible. Pero no hay que perder aún las esperanzas. Todavía... ¿Sí? —se interrumpió al observar la imagen del piloto reflejada en el monitor de comunicaciones.

—Disculpe, señor, creo que es importante. —hizo una pausa y prosiguió— Siguiendo las instrucciones recibidas continuábamos barriendo la superficie del planeta desde nuestra órbita de satélite, y manteníamos la radio abierta en



multifrecuencia, a pesar del resultado negativo. De repente, registramos una emisión en la frecuencia veinte.

—¿Cómo ha dicho? —La atención de todos quedó ahora centrada en la figura del astronauta.

—Sí, señor; fue un eco extremadamente corto, pero se trataba de una emisión modulada y no de un ruido parásito natural. Emitió una serie de sonidos espaciados regularmente siguiendo la pauta de una progresión geométrica de razón dos. Emitió unos ocho términos y enmudeció tan súbitamente como había surgido.

—¿Han conseguido restablecer el contacto? —La ansiedad del capitán era evidente.

—Lo siento, señor, ha sido de todo punto imposible. Esa emisora ha dejado de funcionar. Barrimos todas las frecuencias del receptor amplificando al máximo, pero fue inútil. El planeta continúa estando tan mudo como al principio.

—Localizarían al menos el lugar en el que estaba radicada.

—Por supuesto, señor, fue lo primero que hicimos. Surgió de un punto situado entre el mar y el desierto central, en la costa oeste del continente septentrional. Probablemente del acantilado allí existente. Pero es difícil fijarlo con exactitud a esta altura. Quizá si descendiéramos a una cota inferior...

—Está bien, Xebang. Cumplieron con su labor. Manténganse a la espera de nuevas órdenes.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó eufórico Kanstel apenas hubo desaparecido la imagen del astronauta— ¿Qué esperamos para descender?

—Calma, amigo; tenemos mucho tiempo por delante. A partir de este momento comienza la ejecución del plan de acción número tres. Todos vosotros conocéis vuestra misión; eso es todo. —concluyó Perr.

\* \* \*

La súbita llamada del Gran Antiguo no tuvo por menos que sorprender a Zealt. No era que éste evitara todo contacto con sus subordinados, pero lo más normal era que únicamente los Monjes pertenecientes al Gran Consejo tuvieran un contacto habitual con su superior. Intuyendo, pues, que algo fuera de lo normal sucedía en el seno del siempre sosegado monasterio, se aprestó acudir a la audiencia apenas fue informado de la convocatoria. El lugar elegido pa-



ra la entrevista era la misma habitación en la que se desarrollara aquella primera conversación entre Zealt y el Gran Antiguo. Los períodos transcurridos entre ambas no parecían haber influido en modo alguno en las circunstancias que rodeaban a la nueva reunión; por encima de todo seguían siendo maestro y alumno.

—¿Me llamabas, Gran Antiguo? —El tuteo era obligado en las relaciones entre los miembros de la comunidad.

—En efecto, Zealt. Han tenido lugar importantes acontecimientos que me han movido a solicitar tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —extrañado por tan inusuales palabras Zealt dirigió la mirada hacia su superior intentando en vano leer en su inexpresivo rostro la razón que las motivaba.

—Recuerda nuestra primera entrevista. —le insinuó el venerable anciano como respuesta a su muda interrogación— Recuerda, Zealt, el motivo que alienta desde hace milenios la vida de nuestra comunidad.

—¿Acaso te estás refiriendo al retorno de los Señores de las Estrellas? —apuntó con timidez.

—Tú lo has dicho; el tan anhelado milagro ha ocurrido. La Voz de la Caverna habló ayer. Los Señores vuelven al mundo.

—Pero... ¿cómo? ¿cuándo? —el asombro hacía saltar a Zealt por encima de las rígidas barreras de la autodisciplina.

—Calma, calma. —sonrió condescendentemente el Maestro— No hay por qué impacientarse; después de estar esperando durante tantas generaciones, bien podemos aguardar un poco más sin excitarnos.

—Disculpa, Gran Antiguo; no volverá a ocurrir. Reitero mi pregunta. ¿Cuándo llegarán?

—Lo ignoramos. Ha pasado mucho tiempo desde que perdimos los conocimientos necesarios para comprender y manejar los complicados aparatos que se conservan en la Caverna; sólo sabíamos que la Voz hablaría cuando los Señores llegaran. Y la Voz habló. —concluyó con énfasis.

—¿Deseas que mantenga esta entrevista en secreto? —indagó Zealt intuyendo que la cita llegaba a su fin.

—¿Lo dices porque te he mandado llamar antes de hacer pública la noticia? ¡Oh, no! Sucede que en el seno del Gran Consejo se han suscitado discrepan-



cias en torno a la manera en que debemos recibir a tan ilustres visitantes. Algunos desean tratarlos como si de dioses se tratara. Otros, la mayoría, no saben que hacer... Es lógico. —les disculpó— Tú eres uno de los miembros más jóvenes de la comunidad, y estás por ello libre de muchos de los prejuicios que anquilosan la mente de los Monjes más ancianos... No, no te sorprendas; nadie es perfecto.

—Y quieres saber mi opinión al respecto...

—En efecto. ¿Qué crees más conveniente?

—Bien, —respondió tras una breve meditación— quizá no sea conveniente elevarlos a la categoría divina; al fin y al cabo, los Libros les achacan la responsabilidad de ser los culpables del fin de los Tiempos Felices. Son humanos como nosotros, y no dioses.

—Estás en lo cierto, Zealt, pero no podemos tratarlos como si de iguales nuestros se tratara; a pesar de todo ellos siguen siendo los Señores de las Estrellas, y nosotros no somos sino una pálida sombra a su lado.

—No encuentro ningún problema en obrar como dices, Gran Antiguo. —remachó Zealt— Basta con seguir las reglas del ritual tal como hacemos habitualmente. ¿Qué son ellos, sino Grandes Antiguos?

—Sabia respuesta, Zealt; realmente eres digno de la confianza que deposité en ti hace ya bastante tiempo. Se hará como tú dices.

\* \* \*

La llegada de los Señores de las Estrellas no tuvo lugar sino hasta dos días después. Para entonces todo el monasterio estaba ya al corriente de la noticia, lo que contribuyó no poco a relajar la austera disciplina de la comunidad para desesperación de los Monjes encargados de velar por el mantenimiento del orden en el interior del edificio. El motivo lo justificaba, objetaban los alborozados cenobitas.

Al fin la impaciente espera rindió sus frutos. Primero fue un pequeño punto que surgió en el cielo para ir aumentando de tamaño poco a poco hasta convertirse en una inmensa mole que, colgando irrealmente del firmamento, parecía amenazar con aplastar bajo su peso a todo aquello que se pusiera bajo su colosal vientre. Pero no fue así, y el colosal navío descendió con increíble lentitud hasta posarse suavemente en la base del acantilado a escasa distancia de los pétreos muros del Monasterio.





En el interior de éste reinaba la confusión más absoluta. El comité encargado de recibir a los visitantes, del que formaba parte Zealt, logró vencer los temores que atenazaban a sus miembros arrastrándose con precaución al encuentro de los viajeros cósmicos. El temor de los Monjes era disculpable; vista desde el suelo la nave ofrecía una imagen de inmenso poder capaz de poner a prueba los ánimos más templados. Grande, majestuosa, brillante bajo los rayos del mortecino sol, parecía imposible que pudiera ser gobernada por simples e insignificantes mortales. *¿Serán dioses?* Dudó Zealt.

La pequeña comitiva se detuvo a una distancia prudencial del férreo casco, indecisa sobre el camino a seguir. Zealt aprovechó para observar la orgullosa enseña que campeaba en su costado: Un animal desconocido en posición amenazante colocado en el interior de un sol llameante. Recordaba bien ese dibujo; era el emblema de la antigua civilización. Los Libros así lo decían.

Los tripulantes de la nave no se hicieron esperar. De la parte superior surgió un pequeño artefacto volador que, evolucionando suavemente, se posó al lado de los asustados Monjes. Breves instantes después tres figuras humanas, tres Señores de las Estrellas, descendieron del mismo encaminándose al grupo con ademán tranquilizador.

En el fondo de su alma Zealt se sintió decepcionado. Había alentado la esperanza de que los Señores fueran realmente unos seres sobrehumanos, distintos de alguna manera a ellos, y comprobaba ahora que eran tan humanos como ellos. Sólo las extrañas y ajustadas prendas que los cubrían, en llamativo contraste con los burdos mantos que vestían los Monjes, denunciaban inequívocamente su procedencia de más allá de las estrellas.

El gran momento había llegado. Ambos grupos se hallaban por fin frente a frente, indecisos unos y temerosos los otros. Y fue uno de los extranjeros quien rompió el hielo empleando la olvidada Lengua Muerta que ya nadie conocía excepto los Monjes. Una Lengua Muerta distorsionada y extraña, pero perfectamente comprensible.

—Salud, hombres de Kalpunt. El Nuevo Imperio os saluda.

—Bienvenidos, Señores de las Estrellas. —respondió el Gran Antigo en un intento de aparentar dignidad— Os esperábamos. Concedednos el honor de compartir nuestro humilde techo. —concluyó señalando al monasterio.

—Os damos las gracias, hombres de Kalpunt, por vuestra hospitalidad y aceptamos gustosos la invitación.

Y de tan sencilla manera, hermanándose tan dispares personajes en un único grupo, comenzó la relación entre ambos mundos.



Transcurrieron varios días. La monotonía se adueñaba de nuevo de la vida de la comunidad, indiferente ya a las trascendentales modificaciones que habían tenido lugar en su entorno. El inmenso navío permanecía inmóvil en la meseta cual monstruo mítico varado en la ensenada de la realidad, y sus moradores residían en parte en el Monasterio en calidad de huéspedes de honor. Pasados los iniciales momentos de euforia y agasajos mutuos, ambas partes habían procedido a abordar los importantes temas puestos sobre el tapete a raíz del encuentro. Todos eran plenamente conscientes de que una nueva era se había iniciado en la vida del planeta, y todos deseaban colaborar de la manera más eficaz en el desarrollo de tan prometedora etapa.

Comisionado especialmente por el Gran Antiguo Zealt fue de los primeros en establecer una relación directa con los imperiales, que así era como los visitantes se denominaban. Éstos no deseaban en modo alguno adoptar actitudes de prepotencia frente a sus anfitriones, por lo que aceptaron encantados la iniciativa de Zealt. El máximo responsable de la expedición, el capitán Perr Million, alentaba encantado la confraternización entre los dos pueblos, e incluso él mismo trabajó rápida amistad con el inquieto Monje.

Supo así Zealt, de labios distintos a los de los Monjes, del trágico fin del Antiguo Imperio. Víctima de sus propios errores, manifestados tras milenios de oculta gestación, el orgulloso Imperio se desmoronó sin posibilidad alguna de recuperación en un corto espacio de tiempo. El colapso había sido total. Quebrantada la fuerza de cohesión que había mantenido unidos entre sí a centenares de planetas, la dispersión fue la nota predominante del período posterior a la caída. Aislados del resto de sus vecinos cósmicos, abandonados a sus propios medios, la mayoría de los astros habitados retrocedieron rápidamente hacia estructuras sociales más primitivas perdiendo gran parte de su bagaje cultural en el corto espacio de varias generaciones. Comenzaba el Gran Interregno.

Sumida en la barbarie la mayor parte de la antigua civilización, hubo no obstante pequeños islotes que consiguieron salvarse en mayor o menor medida del naufragio general. Herederos directos del extinto Imperio hubieron de luchar denodadamente para evitar ser arrastrados por el vórtice del caos. Fueron tiempos difíciles, y sólo a costa de grandes sacrificios pudieron alcanzar sus objetivos manteniendo viva la llama de la civilización mientras en el resto de la galaxia colapsaban irreversiblemente varios milenios de ininterrumpida evolución.

Pasó el tiempo y los supervivientes de la catástrofe pudieron al fin contemplar con relativo optimismo su futuro más inmediato. Una vez asegurada su propia supervivencia se entregaron a una tarea no menos grandiosa: la de restaurar la civilización de la que habían formado parte. Convertida ésta en causa nacional, centenares de naves exploradoras se desperdigaron por las antiguas



provincias en un exhaustivo esfuerzo por reavivar los mortecinos rescoldos que restaban de aquella otrora brillante cultura.

No cejando jamás en su empeño, a pesar de los graves inconvenientes con que tropezaban a cada paso procedieron a ensanchar con inquebrantable tesón los límites del pujante Nuevo Imperio. Pronto obtuvieron resultados calificables como espectaculares, mas sus limitados medios materiales imponían un severo freno a la consecución de sus ambiciosos objetivos. Quedaba todavía mucho por hacer, y aún hoy el Nuevo Imperio era tan sólo una ínfima parte de lo que fuera su extinto predecesor. El núcleo del nuevo estado no estaba radicado en las cercanías de la antigua capital sino en el solar de una antigua colonia situada en un extremo del territorio imperial; si bien debía a tal circunstancia su casi milagrosa salvación del colapso general, su alejamiento físico del poblado corazón del imperio motivaba la imposibilidad material de establecer contacto con aquellos puntos en los que era más probable encontrar otras comunidades supervivientes.

En el metódico plan de rescate diseñado por los estrategas imperiales al fin le había tocado el turno a Kalpunt, un antiguo emporio comercial ahora reducido a la nada. Más cercano a la capital había sufrido con todo su rigor las consecuencias de la catástrofe, involucionando hacia un estadio meramente patriarcal. Únicamente en el Monasterio, gracias a un prodigio de fe, habían conseguido conservar siquiera unas migajas del saber perdido. Según manifestaron los viajeros del *Argos* éste había sido un fenómeno absolutamente singular en la historia de la galaxia... Y tremendamente afortunado, puesto que el Monasterio sería sin duda el puente que facilitaría la reunificación de ambas ramas de la especie humana, argumentaban éstos sin titubeos. La sorda labor de generaciones y generaciones de Monjes no había sido vana y comenzaba ya a dar sus frutos.

Sin embargo, el camino sería largo y complejo. Un buen día los imperiales comunicaron a los Monjes su deseo de partir aunque les prometieron volver. Kalpunt no sería abandonado, sino justo lo contrario; sería incorporado tan pronto como fuera posible a la nueva comunidad que se estaba forjando. Volverían tan pronto como pudieran, con todo lo necesario para rescatar al mundo de la sima en la que había estado sumido hasta entonces. Pero ahora debían partir.

Días más tarde el coloso metálico ascendía velozmente por el ceniciento cielo de regreso a su lejana base. En su interior viajaban algunos habitantes del moribundo planeta, invitados de excepción de sus nuevos compatriotas, y Zealt era uno de ellos al haber sido expresamente reclamado por los tripulantes del *Argos*. Un horizonte de insospechables posibilidades se abría frente al entusiasta Monje, el cual veía halagado cómo hasta sus más recónditos deseos corrían camino de convertirse en una esplendorosa realidad.



\* \* \*

—El emperador le aguarda.

La escueta frase sobresaltó a Zealt, aburrido ya por la larga espera en la antesala del despacho del máximo rector del Nuevo Imperio, al tiempo que un extraño hormigueo recorría su cuerpo al incorporarse para seguir al hierático secretario. Por fin iba a entrevistarse con Flavio XIV, sucesor en línea directa de aquellos monarcas que en el transcurso de los milenios rigieron los destinos de la humanidad en todo el ámbito de la galaxia.

Había transcurrido bastante tiempo desde que abandonara su planeta natal a bordo del *Argos*, y a pesar de haber recorrido varias provincias del imperio habiéndose incorporado plenamente a su nueva sociedad, su mente todavía no había conseguido liberarse por completo de las ataduras que aún le mantenían ligado en parte a su anterior existencia.

Era consciente de que estaba inmerso en una realidad plenamente tangible, pero tan distinta de todo cuanto le había rodeado hasta entonces, que no podía evitar la sospecha de que únicamente se tratara de un sueño, uno de los audaces sueños con los que acostumbraba a dejar volar la imaginación en su infancia. Sueño, por otro lado, capaz de desvanecerse en cualquier instante.

Pero nada de esto habría de ocurrir, para alivio de Zealt. El Nuevo Imperio existía, no era ninguna especulación de su calenturienta mente aunque fuera tan sólo un pálido reflejo de su predecesor. Los medios materiales y humanos de los que disponía Flavio XIV eran tan sólo una ínfima parte de los que tuvieron los antiguos emperadores, de los cuales en realidad no podía proclamarse heredero (el fundador de su dinastía y del Nuevo Imperio había sido un simple gobernador provincial) por más que un prurito de añeja nostalgia hubiera movido a los nuevos monarcas a continuar con la interrumpida serie onomástica. A pesar de todo ello, Zealt no podía evitar el indefinible complejo de inferioridad que por momentos se adueñaba de su mente conforme se iba aproximando al lugar de la cita. Al fin y al cabo, se decía, ¿qué era él sino el inculto habitante de un perdido y semibárbaro planeta? Los imperiales habían conservado, siquiera en parte, los conocimientos de la era anterior mientras a Zealt no llegaron ni las cenizas.

Y ahora se hallaba por fin frente a él. Preso de los prejuicios atávicos que durante generaciones habían atenazado a sus antepasados e incluso a él mismo, Zealt no había podido evitar que su mente forjara la imagen idealizada del ser sobrenatural que él esperaba encontrar, sin duda un hombre excepcional, casi un semidiós.



Nada más lejos de la realidad, lo cual ciertamente le decepcionó. Exento de toda pompa, en medio de una sencillez casi espartana, Flavio XIV se mostraba ante él como una persona de edad mediana y rostro inteligente, tan normal en su apariencia como el resto de las personas con las que Zealt estaba acostumbrado a tratar. Desprovisto de su sencilla túnica y ataviado con la indumentaria habitual entre los ciudadanos del Nuevo Imperio, Flavio XIV hubiera pasado desapercibido entre sus súbditos.

—Tú eres Zealt, el nativo de Kalpunt. ¿Me equivoco? —interrogó.

—En efecto, Majestad. —éste era el único título utilizado por la prácticamente inexistente etiqueta de la reducida corte imperial— Yo soy.

—¿Conoces el motivo por el cual te he mandado llamar?

—Me comunicaron que reclamabas la presencia de representantes de todos los planetas recién incorporados al Imperio como... ¿Se dice embajadores? Discúlpame si mi galáctico no es todavía muy bueno. Me honra, Majestad, el alto honor que me ha sido concedido.

—Estás en lo cierto, Zealt, pero no es por eso por lo que has sido llamado. Mi interés hacia ti rebasa este marco... digamos convencional.

—Estoy a tu disposición. —respondió humildemente el antiguo Monje.

—Confiaba en ello. —sonrió Flavio— Ven, quiero que veas esto.

Obedeció Zealt, observando lo que el emperador le mostraba. Era uno de los mapas tridimensionales utilizados por los navegantes cósmicos, un holograma rectangular que encerraba en su interior una serie de puntos luminosos cada uno de los cuales marcaba las coordenadas espaciales de un planeta habitado. Zealt los conocía, y a juzgar por la gran cantidad de estrellas representadas ante sus ojos supuso que el mapa reflejaba una vasta zona de la galaxia; quizá todo el Imperio.

—Has acertado. —atajó Flavio adivinándole sus pensamientos— Este mapa recoge todo lo que en su día fuera el antiguo Imperio Galáctico. Todos estos puntos luminosos, y puedes comprobar que son muchos miles, en su día se sintieron orgullosos de formar parte de la civilización. Hoy, sin embargo, poco queda ya de aquellos tiempos gloriosos. —concluyó lastimero.

—Pero... Los distintos colores, ¿qué significan?

—Tan sólo son tres. La zona roja es la región que hoy en día es parte integrante con pleno derecho del Nuevo Imperio. La zona rosa que rodea a la anterior está constituida por los planetas que están sometidos en mayor o menor



grado a nuestra influencia aunque todavía no hayan podido ser convertidos en provincias; se trata de mundos que están en proceso de integración al Imperio, y a ese grupo pertenece por el momento tu planeta natal.

—¿Y la amarilla? —preguntó Zealt refiriéndose a la tercera y última división.

—Con este color están representados todos aquellos sistemas estelares que formaron parte del Antiguo Imperio y de los cuales no tenemos la menor noticia. —respondió el emperador con semblante sombrío— Representan más de las cuatro quintas partes del total.

—Comprendo... —musitó quedamente Zealt.

—Desde la restauración del Imperio un único objetivo ha encauzado los esfuerzos de nuestra nación: —prosiguió Flavio— Incluir dentro de nuestras fronteras a la totalidad de las antiguas provincias imperiales. Has podido comprobar cuan lejos estamos aún de alcanzar nuestra meta; por este motivo, decidimos cambiar nuestra estrategia buscando hacer más efectivas nuestras acciones. Todo el esfuerzo científico del que éramos capaces fue orientado hacia un fin determinado en el que cifrábamos todas nuestras esperanzas: Alcanzar en un solo viaje el solar de la antigua capital imperial llegando mucho más lejos que en nuestras más profundas exploraciones.

»La nueva expedición ha sido preparada con todo cuidado. No es una expedición cualquiera, sino el esfuerzo más importante de todos los realizados por nosotros. Los integrantes de la misma fueron seleccionados minuciosamente, pero faltaba alguien que pudiera cumplir una misión muy específica, alguien que no podía ser sustituido por ningún otro miembro de la tripulación. A pesar de nuestros esfuerzos no nos había sido posible hallar a esta persona, por lo que el proyecto quedó congelado; sin embargo, ahora creemos haberla encontrado.

—¿Acaso soy yo esa persona? —preguntó excitado Zealt, presa de una súbita intuición.

—Has acertado. Sólo tú eres capaz de desempeñar esa labor; si accedes a ello, naturalmente.

—¿Por qué yo? Disculpa mi extrañeza, Majestad, pero no alcanzo a comprender cómo he podido ser preferido a otros muchos de tus súbditos. Tan sólo soy un simple habitante de un planeta recién incorporado al Imperio, un bárbaro apenas sin formación y sin cultura. Cualquier ciudadano del Imperio tiene a su alcance unos medios materiales y culturales de los cuales yo me he visto privado durante la mayor parte de mi existencia; soy un completo extraño en vuestra sociedad.



—No te subestimes, Zealt; tu capacidad es perfectamente equiparable a la de cualquiera de mis súbditos nacidos y educados en el seno del Imperio. Pero tienes razón al afirmar que tu formación ha permanecido totalmente ajena a nuestra sociedad; en eso radica precisamente la clave de tu utilidad,

—Sigo sin comprender.

—Te lo explicaré. El destino quiso que nosotros conserváramos nuestra cultura mientras el resto del Imperio se sumía en la barbarie; se trata de algo que tú conoces perfectamente. Este hecho, por extraño que pueda parecer, condicionó nuestra actuación suponiendo un serio inconveniente a la hora de entrar en contacto con nuestros vecinos menos afortunado, y discúlpame si me expreso con palabras que puedan herir tu susceptibilidad; nada más lejos de mi intención que tratarte como a un salvaje.

—¿A qué te refieres?

—Es sencillo. Nosotros éramos *civilizados*, y actuábamos como tales. Pero nos veíamos obligados a tratar con gentes que según nuestros parámetros eran *salvajes*, algunos de los cuales habían perdido hasta los más rudimentarios rasgos de civilización.

—Y en ocasiones erais incapaces de establecer contacto con ellos al existir una barrera infranqueable entre las dos culturas. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Eran dos mundos completamente diferentes enfrentados por unas concepciones radicalmente distintas, cuando no antagónicas, de lo que debería ser el futuro común de la humanidad; para estos pueblos el Imperio era tan sólo un simple recuerdo perdido entre las brumas del tiempo, y por lo general no mostraban el menor interés por integrarse en nuestra sociedad viéndonos como algo extraño cuando no decididamente peligroso para su modo tradicional de vida. Por esta razón no nos quedó otra solución que armarnos de paciencia intentando ganar su confianza poco a poco aunque ello nos llevara varias generaciones. En esta situación están actualmente bastantes planetas, y pasará mucho tiempo antes de que puedan ser incorporados definitivamente al Imperio.

»Pero he aquí que es descubierto Kalpunt, tu planeta natal. Vuestra sociedad había retrocedido hasta unos valores mínimos, lo cual en principio no se diferenciaba demasiado de muchos de los casos que te acabo de comentar. Sin embargo, descubrimos allí un factor singular y absolutamente original que jamás nos habíamos encontrado en nuestras exploraciones anteriores.

—Te refieres al Monasterio.



—Así es. Lo último que pensábamos encontrar en un planeta tan atrasado era una comunidad que mantuviera viva la idea de una reunificación cósmica.

—¿Tan importante era nuestra labor?

—Mucho más de lo que puedas imaginar. Vuestra comunidad nos ha ahorrado un largo y penoso proceso de acercamiento al ser el Monasterio un puente tendido entre los habitantes del planeta y el Imperio, y gracias a él Kalpunt se incorporará plenamente al Imperio en un plazo de tiempo muy inferior al estimado como normal para los planetas de características similares. ¡Cuánto hubiéramos ganado de existir un Monasterio en cada planeta habitado! —enfaticó.

—Sigo sin entender de que forma puedo servir de ayuda; tan sólo era un novicio cuando llegasteis a mi planeta.

—Pero has sabido integrarte en nuestra sociedad manteniendo intacta tu formación anterior; conoces las dos culturas, y por lo tanto resultas ser la persona idónea para servir de enlace entre nosotros y las posibles sociedades bárbaras que nos encontremos en el camino puesto que sabrás entenderlos mucho mejor que cualquiera de nosotros. Perder para la civilización un puñado de planetas de la periferia no es pese a todo demasiado grave, pero perder todo lo que fuera el corazón del Antiguo Imperio podría resultar una catástrofe para nuestros planes.

—Deseas, pues, que me una a la expedición.

—Tu decisión es libre. La empresa es arriesgada, quien sabe si peligrosa, por lo que todos los expedicionarios son voluntarios.

—Hace mucho tiempo, cuando era sólo un niño y el Monasterio estaba aún muy lejos de mi trayectoria vital, soñaba con el retorno de los Tiempos Felices. Hoy mi sueño se ha convertido en realidad gracias a vosotros, por lo que os debo mi agradecimiento. Contad conmigo para todo aquello en que pueda seros útil.

\* \* \*

La nave exploradora *Aurora* abandonaba su base un deciciclo después. Era ésta un coloso metálico que dejaba muy atrás a todo lo realizado hasta entonces por la tecnología espacial del Nuevo Imperio, y ni aun los mejores cruceros de la Edad Antigua hubieran podido competir con ella.





No era una nave de guerra ni había sido diseñada para tal fin, pero en tan largo periplo a través de rutas ignoradas bien pudiera ser que se encontrara ante situaciones comprometidas, por lo que convenía ir preparados. Por ello su armamento era similar, y aun superior, al de cualquier unidad de combate de la reconstruida Armada Imperial. Componía su tripulación un nutrido grupo de personas seleccionadas entre las más idóneas de los súbditos de Flavio XIV. Formaban un grupo compacto y homogéneo, consciente plenamente de sus cometidos; eran los depositarios de todas las esperanzas de la civilización de la que formaban parte, y habrían de luchar con todos los medios a su alcance por evitar un fracaso que diera al traste con los denodados esfuerzos de toda la sociedad.

En el *Aurora* se encontraría Zealt con viejos conocidos ya que buena parte de la dotación del viejo *Argos*, con el ahora almirante Perr Million a la cabeza, se había incorporado a la nueva expedición. No le fue, pues, difícil a Zealt adaptarse a su nueva situación en espera de poder actuar en la misión que le había sido expresamente encomendada.

Conforme transcurría el tiempo la monotonía se fue adueñando de la vida de la pequeña comunidad; ésta iba a ser la tónica dominante en esta primera etapa de su largo viaje, viaje cuya característica principal iba a consistir en un alejamiento total de las rutas habituales de navegación. En efecto; una vez hecha una última escala en Abarth, pequeño establecimiento minero que constituía la avanzada del Imperio en dirección al centro galáctico, el *Aurora* enfiló el rumbo por antiguos caminos olvidados desde hacía milenios, los cuales estaban registrados únicamente en añejos mapas corroídos por el paso implacable del tiempo. Su objetivo final estaba perfectamente claro: la capital del Antiguo Imperio Galáctico.

En la astronave, guiados por una larga experiencia, los viajeros adoptaban los medios necesarios para combatir eficazmente los perniciosos efectos provocados por el largo aislamiento. No les faltaban medios para ello; el *Aurora* era un mundo en miniatura plenamente capaz de satisfacer todas las necesidades de sus moradores.

Por su parte Zealt había hallado un medio eficaz para luchar contra el tedio: habiéndose descubierto una innata inclinación por la exploración astronómica, gustaba dar rienda suelta a su nueva afición pasando largos períodos de tiempo encerrado en el observatorio astronómico del que disponía la nave. Embriagado por su excitante labor veía desfilar ante sus ojos el deslumbrante caleidoscopio de un universo rebosante de vitalidad. Constelaciones y galaxias, vírgenes desde hacía mucho de miradas, se mostraban ante él en un espectáculo de salvaje belleza. Ahora Zealt comprendía la ineludible necesidad de un Supremo Hacedor.



Pasaba el tiempo con monotonía, desgranándose las jornadas sin que nada extraordinario viniera a turbar la aparente calma que reinaba en el *Aurora*. Habían quedado ya muy atrás las familiares regiones conocidas, y nuevas constelaciones tachonaban ahora el firmamento. El sol que alumbraba al planeta capital permanecía aún invisible, pero podía adivinarse su ubicación rígidamente señalada por la proa de la esbelta nave.

Un nuevo astro fulguraba ahora en el espacio. Según los antiguos mapas se trataba de Orissa, la antigua capital de lo que antaño fuera una importante provincia. Nada sabían de ella y, aun cuando esta etapa no estaba incluida en el trazado del viaje, todos coincidieron en aceptar la conveniencia de hacer escala en ella previa una pequeña alteración de la ruta seguida hasta entonces. Era razonable presumir la existencia de hallazgos interesantes en tan importante solar, y no convenía desperdiciar la ocasión.

Pero nadie, ni aun los más optimistas, pudo alcanzar a prever la magnitud que iban a alcanzar los acontecimientos. Poco después toda la nave vibraba de emoción al conjuro de unas palabras pronunciadas atropelladamente por un tripulante: Un objeto metálico, presumiblemente de origen artificial, se dirigía a gran velocidad al encuentro de la nave exploradora. Cabe suponer el revuelo que inmediatamente se desató en el *Aurora*; por vez primera desde la restauración del Imperio iban a entrar en contacto dos estirpes desgajadas del antiguo tronco común, dos ramas que habían logrado conservar, al menos en parte, su acervo cultural. Y tan trascendental suceso acontecía a escasa distancia del centro de la galaxia. Todo inducía al optimismo más desenfrenado, ya que al fin y al cabo los expedicionarios eran humanos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que la observación visual pudiera reemplazar a la electrónica, y ésta no hizo sino corroborar las anheladas esperanzas. Efectivamente se trataba de un navío estelar de toscas y desconocidas líneas, pero tripulado sin duda por descendientes de antiguos imperiales; no podía ser de otro modo dada la ubicación del lugar donde había tenido lugar el afortunado encuentro.

Colocada a babor del *Aurora* siguiendo un rumbo paralelo a éste la astronave desconocida intentó desde el primer instante comunicarse con el intruso, labor perfectamente inútil de no haber mediado una iniciativa análoga por parte de los técnicos de la expedición imperial. Felizmente los esfuerzos conjuntos de ambos navíos lograron salvar las barreras impuestas por unas diferentes tecnologías, viéndose al fin recompensados con el éxito; la comunicación entre ambos mundos estaba definitivamente abierta.

En todas las pantallas de comunicaciones de la astronave imperial, expresamente conectadas con el sistema receptor de las señales exteriores, los impacientes expedicionarios vieron aparecer ante sus ojos el busto de su anfi-



trión. Nada podía deducirse de su fisonomía salvo su origen netamente humano; era un hombre maduro de edad indefinida con los duros rasgos faciales diríase que esculpidos en el inexpresivo rostro. Observaba a sus interlocutores con interés pero sin reflejar el menor asombro por el encuentro, cosa ésta que no tuvo por menos que extrañar a los excitados tripulantes del *Aurora*.

Fue él quien rompió el momentáneo silencio con que habían acogido su aparición. Y habló, en una lengua completamente desconocida para la totalidad de los visitantes. Al fin hizo una pausa en su ininteligible monólogo, pausa que aprovechó a su vez el almirante Million para responder con unas sencillas frases de cortesía pronunciadas en el antiguo idioma galáctico.

A nadie le pasó desapercibido el extraño gesto con el que su interlocutor recibió el inocente saludo; pero se hallaban frente a un hombre que sabía controlar perfectamente sus emociones, el cual consiguió neutralizar rápidamente su momentánea sorpresa. Vuelta a adoptar su hierática actitud musitó unas breves palabras desapareciendo del campo visual. Durante unos instantes únicamente se oyeron cuchicheos, sin que nadie se mostrara frente al objetivo. Por fin un segundo individuo distinto del anterior se dirigió a los imperiales; y esta vez lo hizo en un galáctico extraño y a duras penas inteligible, bárbaramente modificado por la extraña lengua que poco antes oyeran pronunciar.

—Disculpad mi deficiente dicción, hombres del Más Allá; —saludó— salvo los estudiosos del pasado, ya nadie utiliza aquí vuestro idioma. Sed bienvenidos al reino de Qom.

—Salud, hombres de Qom. —respondió Million— Venimos en viaje de buena voluntad y nuestras intenciones no son hostiles. Que El que todo lo puede guíe vuestros pasos.

—Os doy las gracias, ilustres visitantes, por vuestros honrados deseos. Consideraros nuestros huéspedes. Pero decidnos, ¿de dónde procedéis? En toda la historia de Qom jamás tuvimos relaciones con habitantes de otros sistemas distintos al nuestro con posterioridad al hundimiento del Imperio. Realmente estamos sorprendidos por vuestra presencia.

—Responderé a vuestras preguntas ya que así lo deseáis —esta vez era Zealt, reunido con el almirante, quien hablaba— Pertenece al Imperio Galáctico, aquél que antaño dominara en esta región de la galaxia. El Imperio se extinguió, pero ahora ha resurgido de sus cenizas. Nosotros somos sus herederos directos.

—Así lo supusimos al oírlos hablar en el antiguo idioma. Pero os ruego que nos sigáis; seréis bien recibidos en nuestra base.



—Bien, ¿qué te parece? —preguntó el almirante a Zealt una vez que la comunicación quedó interrumpida.

—No lo sé, Perr, tengo mis dudas. Hay algo que no acaba de encajar del todo. A primera vista parecen hospitalarios y amistosos, ¿pero has observado la vacilación del primero de ellos? Le sorprendió mucho oírnos hablar en galáctico.

—Es lógico, Zealt. Ten en cuenta que ellos no esperaban nuestra llegada; así lo han reconocido.

—No es eso, Perr. No les extrañó nuestra presencia, sino nuestro origen. —recalcó— ¿Observaste la turbación de nuestro segundo interlocutor?

—¿Acaso insinúas...?

—Está claro que es prematuro sacar conclusiones; no tengo medios suficientes para afirmarlo, pero juraría que el reino de Qom teme el retorno del Imperio. Ojalá esté equivocado.

De acuerdo con las instrucciones anteriormente recibidas el *Aurora* enfiló el nuevo rumbo marcado por su escolta. Ésta se dirigía aparentemente hacia los planetas exteriores del sistema, donde debería de existir lógicamente una base espacial. Así era, y poco después el *Aurora* descendía sobre una pista situada en la yerma superficie del último planeta de Orissa.

Todo estaba listo para el ansiado contacto físico, y el *Aurora* bullía de agitación aguardando el momento. Pero fueron sus anfitriones quienes dieron el primer paso sin hacerse esperar; instantes después del aterrizaje solicitaban un nuevo contacto por radio. El interlocutor era de nuevo el anterior astronauta.

—Saludos, hombres del Imperio. Voy a daros instrucciones para regular de aquí en adelante nuestras relaciones. Cuatro de vosotros tendrán el honor de ser recibidos en audiencia extraordinaria por su Sublime Majestad Aartjes IV, los cuales embarcarán desarmados en uno de nuestros cruceros con destino a la capital del reino. El resto de la expedición deberá permanecer recluida en vuestra astronave sin abandonarla en ningún momento. Sólo un estricto cumplimiento de estas reglas redundará en unas relaciones satisfactorias para ambas partes. Nada más tengo que deciros; permaneced en esta frecuencia y comunicadnos vuestra decisión en cuanto ésta haya sido tomada.

Un jarro de agua fría pareció caer sobre los ánimos de todos los expedicionarios. Las duras palabras pronunciadas por el qomita, tan distintas del hospitalario recibimiento que esperaran, sembraron la confusión y el desencanto en el ánimo de todos.



—Te lo dije, Perr. —se lamentó Zealt— apenas han tardado en desenmascarse. Recelan de nuestra presencia.

—Pero... ¿Por qué? No abrigamos intenciones hostiles.

—Quisiera saberlo, Perr. Lo cierto es que no somos bien recibidos.

—¿Qué piensas que debemos hacer?

—¿Qué opción nos queda, sino seguir adelante?

—Pero son condiciones humillantes...

—No hay elección, Perr. La causa que nos mueve bien merece este sacrificio. Es nuestro orgullo frente a los intereses del Imperio.

—Está bien. —suspiró el almirante— Estás en tu terreno. ¿Quiénes serán los cuatro?

—Uno yo, eso está claro. Y otro tú, como capitán de la nave.

—Correcto. Ya somos dos. Pero, ¿y los dos restantes?

—Pide voluntarios; no te van a faltar. Una ocasión como ésta no se presenta todos los días.

No erraba Zealt en su predicción; la totalidad de la dotación del *Aurora* se mostró dispuesta a ocupar las dos plazas libres. No sin dificultad fue realizada la selección, recayendo ésta en las personas del historiador Julio Cox y de Mint Campbell, psicólogo de afamado prestigio. Ellos serían quienes acompañaran a Zealt y a Perr Million en el histórico viaje.

Una vez comunicada la decisión, acogida con un hosco gruñido de asentimiento por parte de los excluidos, los cuatro expedicionarios se aprestaron a partir. Momentos antes el almirante daba las últimas instrucciones a su segundo, recomendándole una vigilancia constante. Durante su ausencia la nave permanecería en estado de permanente alerta, y si era preciso el *Aurora* abandonaría el sistema prosiguiendo su viaje de acuerdo con las previsiones establecidas. El éxito de la misión no debía verse afectado en ningún caso por lo que pudiera acontecer a los cuatro hombres.

El resto fue sencillo. Un automóvil todo terreno aguardaba la salida de los astronautas. Dado que la nave permanecía relativamente alejada del centro neurálgico de la base, los expedicionarios hubieran tenido que caminar bastante trecho para alcanzar su destino de no haber mediado esta aparente gentileza de los qomitas... ¿O era acaso una simple medida de seguridad? Como es natural, no llegaron a saberlo.



Fueron recibidos sin la menor ceremonia, conduciéndoseles a continuación frente a un férreo crucero estelar en cuyo costado campeaba lo que parecía ser la enseña del reino de Qom: Un sol llameante atravesado por dos lanzas cruzadas, vestigio sin duda de un pasado guerrero. Sin saber por qué, Zealt se encontró repentinamente incómodo. La escotilla estaba abierta, por lo que la invitación era evidente. Obedecieron, pues, la muda orden penetrando en su abigarrado interior. Una vez despojados de sus incómodos trajes espaciales fueron conducidos a sus alojamientos, donde permanecerían recluidos durante la totalidad del viaje.

Éste fue relativamente breve, aunque los tripulantes de la nave supieron aprovecharlo bien. Los viajeros del *Aurora* acompañados por el inevitable traductor que, con su irritante omnipresencia, parecía confirmar la sospecha de la existencia de una terrible escasez de galactoparlantes en el reino de Qom, fueron machaconamente instruidos sobre las peculiaridades del rígido protocolo vigente en la corte de Aartjes IV. Era ya una auténtica obsesión la abrumadora insistencia con la que su cargante instructor pretendía inculcarles las pautas de comportamiento que deberían obligatoriamente seguir al hallarse frente a tan egregio interlocutor.

Aburridos por esta actitud infantil, Zealt y sus compañeros no tenían por menos que contemplar con sorna tan denodados esfuerzos. Según pudieron deducir en Qom imperaba una monarquía absoluta en la cual el culto a la personalidad del monarca rozaba los límites del absurdo, conforme al concepto que de ello tenían unos hombres acostumbrados a una relación perfectamente natural entre un gobernante y sus súbditos. Pero se encontraban en tierra extraña, y debían amoldarse a las circunstancias imperantes tal como oportunamente les recordó Zealt.

\* \* \*

—Su Sublime Majestad Aartjes IV, soberano supremo del reino de Qom.

Ante el retórico anuncio del lacayo el traductor les instó a incorporarse de sus asientos, operación realizada con presteza no sin que Cox mascullara algo entre dientes antes de recibir un codazo del apercebido Zealt. Instantes después hacía su aparición el reyezuelo acomodándose en el abigarrado trono que presidía la vasta sala.

Una rápida mirada le bastó a Zealt para catalogar convenientemente a tal personaje. Haciendo bueno el adagio de que sólo aquéllos que son conscientes de su inferioridad son los que tratan por todos los medios a su alcance de neutralizarla merced a un exacerbado egocentrismo, Aartjes era la pura imagen de la mediocridad más absoluta. Pequeño de cuerpo, con una sempiterna expre-



sión de astucia adornándole el rostro, estaba muy lejos de dar la típica estampa del hombre de estado. Más bien parecía un advenedizo al cual el trono le venía grande; y en efecto, así era. Había heredado el cetro de su padre, un usurpador que accedió al poder por el expeditivo método de asesinar al anterior y legítimo monarca, por lo que Aartjes se halló en una situación sumamente comprometida al acceder al trono tras el fallecimiento de su padre encontrándose con una sangrienta guerra civil. Si bien sus partidarios lograron aplastar finalmente a los defensores de la derrocada dinastía, no era menos cierto que el triunfo final se debió más a las estructuras puestas en pie por su padre y predecesor que a sus propios méritos como gobernante.

Éste era Aartjes IV, rey de Qom. Aunque, claro está, esto lo ignoraban sus visitantes los cuales, obedientes con el protocolo, mostraban una actitud de respetuosa sumisión.

—¡Salud, oh poderoso monarca! —recitó Zealt, constituido en portavoz de sus compañeros— Te rogamos que sea tu voluntad concedernos una audiencia. Tenemos noticias importantes que comunicarte.

—¿Quiénes sois? —preguntó con voz chillona. Por supuesto no hablaba galáctico, por lo que sus palabras debieron ser traducidas a los imperiales.

—Venimos de muy lejos, ¡oh sublime jerarca! —continuó el antiguo Monje— Somos los embajadores del Imperio, y humildemente solicitamos tu hospitalidad. El Imperio desea establecer unas relaciones fructíferas entre nuestros dos pueblos.

—¡Nada tiene el Imperio que hacer aquí! —exclamó bruscamente— Estos territorios fueron abandonados por el Imperio y ya no le pertenecen.

—¿Qué te dije? —susurró Zealt a Perr. Y ya en voz alta continuó— ¡Oh, noble monarca! Nada más lejos de nuestra intención que reclamar en nombre del Imperio a estos planeta. Nuestros deseos son únicamente los de establecer relaciones amistosas con el reino de Qom que tan acertadamente gobiernas.

—Habláis con dobles palabras, pérfidos imperiales, pues conocemos sobradamente vuestros verdaderos propósitos. Pero id, id enhoramala y decid a vuestro emperador que el reino de Qom no se entrega, que jamás se entregará. Marchad antes de que dé orden a mi flota de que dispare contra vosotros.

—Pero... —se interrumpió Julio Cox al comprender que la entrevista había finalizado. Completamente estupefactos, los imperiales se retiraron de la estancia.

\* \* \*



Todo transcurrió rápidamente una vez concluida la fracasada entrevista. Tratados como auténticos prisioneros los improvisados embajadores fueron restituidos a bordo del *Aurora*, el cual recibió la orden de abandonar de inmediato la base so pena de ser destruido allí mismo.

Todavía perplejos por el inusitado sesgo que habían tomado los acontecimientos, la plana mayor de la expedición fue convocada urgentemente a reunión. Era imprescindible estudiar la delicada situación en la que se habían visto envueltos, para así poder adoptar la decisión más adecuada a las circunstancias en que se encontraban.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntaba Zealt.

—Muy sencillo. ¡Demos una buena lección a esos monos! —sugirió alguien.

—No estamos aquí en misión de guerra. —le recriminó el almirante— Nuestras armas sólo deben ser usadas en caso de estricta necesidad.

—Pero ¿por qué esa actitud tan hostil? No es lógica.

—Siempre existe una explicación por extraña que sea; basta con saber buscarla. —apuntó el flemático Campbell.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó el almirante.

—No puedo afirmarlo con exactitud, pero todo parece indicar que existen graves tensiones sociales en el seno de esta comunidad; pudimos comprobarlo en las calles de la capital.

—¿Y bien?

—Sospecho que la posición de ese reyezuelo no debe de ser muy segura. Su maniobra ha quedado clara: Desviando la atención de sus súbditos hacia nosotros salva momentáneamente la cara.

—Es decir, nos utiliza como cabeza de turco.

—Algo así. Imagino que los ideólogos del reino se habrán apresurado a impartir cursos acelerados de patriotismo al pueblo.

—Todo parece encajar. —intervino Zealt— Sin embargo, no parece normal que surja repentinamente una xenofobia tan visceral; este temor al Imperio parece venir de muy atrás y está sin duda profundamente arraigado en este reino, demasiado para ser de nuevo cuño.





—Soy de la misma opinión. —esta vez era Cox quien tomaba la palabra— Nada más volver a la nave estuve investigando en la biblioteca de a bordo, y hallé referencias muy interesantes.

—¿Cuáles son? —preguntó Perr.

—Partí de la base de que el reino de Qom no era descendiente directo del antiguo Imperio; era una cultura demasiado... bárbara para ser autóctona. Más bien parecían provenir de fuera, ser descendientes de intrusos instalados aquí con posterioridad al colapso general. Y por fin, buscando entre los antiguos documentos, pude dar con su origen. Los qomitas son los descendientes de las hordas bárbaras que habitaban en la región situada más allá de la Gran Nebulosa en los tiempos del Antiguo Imperio.

»Durante mucho tiempo ambas culturas se ignoraron mutuamente, y fue en el reinado del gran Laertes III cuando en el Imperio se tuvieron las primeras y fragmentarias noticias de ellos. Estos bárbaros se dedicaban a atravesar periódicamente la Gran Nebulosa buscando sus presas entre los planetas del cinturón de Arson, entonces independientes. Atemorizados por el sistemático pillaje que continuamente sufrían, los habitantes del cinturón terminaron por pedir ayuda al poderoso emperador. Laertes acudió al frente de sus naves limpiando de piratas toda la zona, a la que proclamó protectorado del Imperio.

»Pero la paz duró poco ya que los qomitas volvieron a las andadas. El emperador, ya anciano, volvió de nuevo a la región al frente de una gran flota que destruiría completamente a la armada qomita en el curso de una sangrienta batalla. No acabó aquí el escarmiento; la flota imperial, internándose profundamente en el corazón del territorio enemigo, atravesó la Gran Nebulosa cayendo sobre los indefensos planetas sin que los desmantelados restos de la escuadra enemiga pudieran hacer nada para evitar la catástrofe.

»Cubiertos sus objetivos las naves imperiales volvieron atrás y a partir de entonces la frontera imperial quedó fijada en la Gran Nebulosa. El cinturón de Arson pasaba, pues, a formar parte del Imperio, pero el reino de Qom no fue anexionado. ¿Por qué Laertes no fue más allá a pesar de que los planetas qomitas habían estado en sus manos? La respuesta es sencilla: Ni económica ni políticamente era rentable su anexión. Nada ganaba el Imperio con su incorporación como provincia de pleno derecho salvo más que probables quebraderos de cabeza provocados por los levantiscos bárbaros; bastaría con mantenerlos a raya controlando la frontera común. Además el gran emperador sentía próximo el fin de sus fuerzas. Laertes marchó inmediatamente a la capital, donde poco después falleció.

»Los sucesores de Laertes apenas si se ocuparon de la región, excepción hecha de algunas esporádicas razzias destinadas a mantener vivo el temor al Imperio. Los qomitas se mantenían tranquilos sin inquietar a la guarnición allí



destacada. Hubo que esperar más de doscientos ciclos para que la región volviera a aparecer en la historia. Reinaba entonces Aureliano, el último gran emperador. Era este monarca un hombre singular; tenía en sus manos las riendas de un imperio ya moribundo, y él lo sabía. Trató de evitarlo, es cierto, pero su error consistió en creer que podría restaurar los tiempos heroicos.

»Aureliano optó por una política de conquistas; pensaba que así sería posible rejuvenecer una sociedad carcomida y gastada. ¡Vano afán! Decidió entonces ampliar las fronteras de sus dominios injertando savia nueva en el anquilosado Imperio, fijando su atención en aquellas regiones desdeñadas por Laertes: Los planetas qomitas.

»Fue preparada una flota destinada a conquistar la desprevenida región; la campaña sería fácil. Todo estaba listo y la flota presta para zarpar cuando un nuevo factor vino a perturbar sus planes; acababa de estallar una nueva guerra civil. El emperador se vio obligado a aplazar sus proyectos de conquista temiéndose que volver apresuradamente sobre sus pasos llevándose con él a la flota para salir al encuentro de los usurpadores.

»El resto es conocido. Aureliano murió en una batalla y el Imperio se sumó en la anarquía; poco después se derrumbaría para no volverse a levantar. Nada dicen los documentos de lo que aconteció a partir de entonces a los qomitas, pero no resulta difícil suponerlo. Sospecharían que algo anormal pasaba al ver desaparecer las guarniciones imperiales que durante centurias les mantuvieron en jaque. Se arriesgarían a atravesar la frontera común, la Gran Nebulosa. Y cual no sería su sorpresa al contemplar, inermes a sus pies, los planetas que durante generaciones consideraron como una fruta prohibida. Obvio es decir que se apresurarían a invadirlos aunque no sin temer el retorno de su mortal enemigo. Pero el Imperio no acudió en defensa de sus posesiones; no podría hacerlo, puesto que ya no existía.

»Conforme pasaba el tiempo los invasores irían ganando en audacia. Perdido ya el pánico ancestral hacia un enemigo invisible, las naves qomitas se lanzarían impunemente en incursiones cada vez más profundas por los territorios que antaño fueran provincias imperiales. Al fin se produciría la gran migración: el pueblo de Qom, abandonando en masa su antiguo solar, acabaría estableciéndose de forma definitiva en la próspera provincia de Orissa fundando así un nuevo reino que se superpuso a la anterior población sin absorberla.

»Y eso es todo. —concluyó Cox— He aquí la posible explicación al temor de nuestros anfitriones. A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, no han debido de conseguir liberarse por completo de su complejo de usurpadores; la sombra del Imperio todavía pesa mucho aun cuando sea la de un cadáver, y siempre han debido de temer que éste apareciera de nuevo para reclamar lo



que fue suyo. Éste y no otro ha de ser el origen del conflicto en el que estamos inmersos.

—Estoy de acuerdo contigo, pero esto no resuelve nuestra duda inicial. —replicó Zealt— ¿Qué vamos a hacer ahora?

—La respuesta es sencilla. —atajó el almirante— Seguir adelante con nuestro programa.

—Para ello necesitaríamos atravesar el reino de Qom, ya que dejarlo a un lado supondría una gran demora. Y, o mucho me equivoco, o estos *caballeros* tratarán de impedirnoslo con todos los medios a su alcance —atajó Zealt refiriéndose a las numerosas naves de guerra que rodeaban al *Aurora*.

—Pues peor para ellos. —oyeron mascullar al almirante.

\* \* \*

El *Aurora* surcaba de nuevo el universo en pos de su aún lejano destino. Nada se oponía ya a su veloz carrera una vez dejado atrás el hostil reino de Qom.

Los temores de Zealt se habían visto confirmados. Al intentar los imperiales enfilarse su nuevo rumbo una vez abandonado el sistema de Orissa, se hallaron frente a las unidades de guerra qomitas que, en compacta formación, les cerraban completamente el paso. Fueron vanos todos los esfuerzos realizados por Perr Million para establecer la concordia entre ambas partes; el almirante de la escuadra contraria era depositario de unas escuetas y radicales órdenes recibidas directamente de Aartjes, y estaba plenamente dispuesto a cumplirlas.

*La nave imperial ha de ser destruida.* Rezaba el lacónico comunicado enviado a los puentes de mando de las naves que formaban su flota. La empresa en principio parecía bastante fácil; eran cincuenta naves contra una y todo hacía suponer a los orgullosos capitanes que la acción se iba a limitar a un sencillo tiro al blanco. Según creían el *Aurora* no tenía la menor posibilidad de salvarse, existiendo incluso disputas entre las naves por contar con el *honor* de aniquilar a tan aborrecido enemigo.

La realidad se reveló bien distinta. Poseedores de una tecnología muy rudimentaria bien pocos eran los progresos que habían realizado los qomitas desde que se establecieron en la antigua provincia imperial, habiéndose limitado a suplantar a la agonizante, pero todavía fecunda, sociedad allí existente sin mostrar el menor interés por asimilar sus posibles enseñanzas. Sus viejas y



destartaladas astronaves formaban en realidad un abigarrado y poco efectivo conjunto mediocrementemente armado.

Por contra, el *Aurora* era el máximo exponente de la pujante tecnología del Nuevo Imperio. No pudo hablarse, por tanto, de una verdadera batalla sino más bien de una simple, aunque sangrienta, escaramuza en la cual la flota qomita llevó la peor parte. Infinitamente superior tanto en maniobrabilidad como en potencia de fuego, el *Aurora* utilizó por vez primera su poderoso poder de destrucción atravesando en línea recta el compacto frente formado por la escuadra enemiga al tiempo que barría del firmamento a todas aquellas torpes y vulnerables naves que se oponían a su avance haciendo huir vergonzosamente al resto.

Libre ya de sus oponentes sin haber sufrido el menor rasguño, el *Aurora* se aprestó a ejecutar la última etapa de su viaje confiando en alcanzar el núcleo del Antiguo Imperio en un breve plazo de tiempo. De acuerdo con los antiguos mapas pronto penetrarían en lo que antaño fueran las provincias más prósperas y pobladas del Imperio. El desencanto sufrido en Orissa, que hacía retroceder de forma apreciable los límites estimados de lo que pudiera quedar del Antiguo Imperio, no había enfriado a pesar de todo el entusiasmo de los expedicionarios. Era general la convicción de que, tarde o temprano, se encontrarían con los cruceros imperiales. Tan sólo Zealt, un Zealt transfigurado y extraño a raíz de los acontecimientos ocurridos en el reino de Qom, discrepaba del sentir general.

—A pesar de sus temores y de su constante vigilancia los qomitas jamás hallaron el menor rastro de un Imperio organizado. —argumentaba— Ha pasado mucho tiempo desde entonces y es muy extraño que el Imperio, de existir aún, haya renunciado definitivamente a unas provincias tan cercanas a la metrópoli.

Pese a tan juiciosas palabras nadie prestaba atención al antiguo Monje, tachándolo de agorero. No les faltaban razones a sus oponentes; en realidad los qomitas nunca habían mostrado el menor interés por explorar las regiones interiores del Imperio, ignorando por tanto todo lo que ocurría fuera de sus fronteras. Era de esperar que el Imperio, pese a todo, tuviera que afrontar una profunda crisis siendo muy improbable que en tales condiciones se sintieran capaces de ensanchar sus ahora reducidas fronteras.

La cuestión quedaría rápidamente zanjada una vez que el *Aurora* hubiera llegado al final de su largo periplo galáctico. Con el fin de adelantar este momento el almirante Perr Million había ordenado que el *Aurora* dejara atrás los numerosos sistemas estelares presumiblemente habitados que surgían a su encuentro dirigiéndose directamente hacia el antiguo planeta capital, cuyo sol



era ya visible en forma de una brillante estrella hacia la cual enfilaba la proa del esbelto navío.

Conforme pasaba el tiempo la excitación se adueñaba de los bien templados nervios de los componentes de la expedición. Eran ciudadanos imperiales crecidos en el seno de un profundo culto a sus gloriosos antecesores, y por ello se mostraban incapaces de dominar la emoción que los embargaba. Libre de estos prejuicios Zealt era el único que se mantenía dueño de sus emociones, esperando y al mismo tiempo temiendo que los hechos acabaran dándole la razón.

Y al fin se desvelaron sus dudas mostrándose los hechos en toda su cruel dimensión. Ya conocían la razón del irritante silencio con el que el planeta había respondido a las insistentes llamadas del *Aurora*: Éste ya no existía y su lugar lo ocupaba ahora un denso cinturón de asteroides que giraban en torno a su antigua órbita, míseros despojos del orgulloso astro que otrora rigiera los destinos de toda la galaxia. Obvio era suponer la suerte corrida por sus habitantes, de los que ni polvo quedaba.

Los viajeros del *Aurora* se sintieron desfallecer viendo cómo se derrumbaban todas sus ilusiones, sumiéndose en un profundo estado de postración colectiva al que sólo con un gran esfuerzo consiguieron vencer. Estaba claro que el planeta había sido una víctima más del Gran Holocausto, destruido hasta sus entrañas para nunca más resurgir.

A duras penas aceptada la cruel realidad, la expedición abandonó para siempre aquel lugar maldito. No se resignaban, a pesar de todo, a aceptar su fracaso y todavía abrigaban esperanzas de encontrar, más allá de la aniquilada metrópoli, algún planeta que se hubiera salvado de la destrucción.

Fueron ciclos de agotadoras exploraciones en las cuales visitaron cientos de planetas antaño prósperos y hoy convertidos en yermos cementerios despojados de cualquier manifestación de vida. Toda esa región del Imperio había seguido el triste final de su extinta capital, arrasada por completo y para siempre.

Imbuidos por la firme convicción de que ya nada podían hacer allí, los expedicionarios optaron por volver a sus lares con la desalentadora conclusión de que en un futuro el Nuevo Imperio debería valerse exclusivamente por sus propios medios.

En aquel triste retorno resaltaba la actitud de Zealt, cada vez más reservado e introvertido. Ni aun su mejor amigo, el almirante Perr Million, le lograba rescatar del profundo mundo interior en el que se había refugiado. El antiguo Monje viajaba en el *Aurora* tan sólo físicamente, puesto que su alma estaba muy lejos de allí.



Regida por tal estado de cosas la vida en el *Aurora* se desenvolvía monótonamente mientras el veloz navío quemaba las últimas etapas de su viaje y las familiares constelaciones comenzaban a adornar el firmamento saludando su regreso. Pronto llegarían a su destino y deberían rendir cuentas de su desgraciado viaje.

Habiendo cruzado hacía ya tiempo las fronteras del Nuevo Imperio, no les resultó extraño encontrarse con una astronave imperial, aun cuando estaban relativamente lejos de las rutas comerciales, el lugar era frecuentado por naves de exploración que se dirigían a los confines del Imperio. Fue dada, pues, orden de dirigirse al encuentro del otro navío con objeto de poder saludar a sus compatriotas.

Cual no sería su sorpresa al comprobar que se trataba de una nave de guerra en aparente zafarrancho de combate. Cuales podían ser los motivos que provocaban esta extraña actitud de la flota imperial era algo que los tripulantes del *Aurora* no podían comprobar por sus propios medios, por lo que para salir de dudas deberían esperar a que fuera establecido el contacto con sus visitantes.

Y en efecto, el crucero sideral dio muestras de querer comunicarse con ellos apenas ambas naves se hubieron aproximado lo suficiente. Pero no era un mensaje de bienvenida el que recibió el *Aurora*, sino un ultimátum exigiéndoles su inmediata identificación; era evidente que algo grave había debido de ocurrir para justificar tan extraño comportamiento. No obstante, y deseoso de clarificar la situación, el almirante dio orden de identificar al *Aurora*. La expedición no había sido ni mucho menos secreta, y nada tenían que ocultar. Una vez cumplido este requisito desapareció la tensión hasta entonces existente, solicitando entonces el capitán del crucero permiso para entrevistarse con el almirante.

El permiso fue concedido, con lo que el capitán Novak, que así se llamaba, procedió a trasladarse al *Aurora*, donde fue recibido con muestras inequívocas de inquietud. Haciendo caso omiso a las insistentes preguntas con las que era acosado por todos cuantos se cruzaban en su camino, Novak se dirigió hacia donde Perr Million le aguardaba con impaciencia. Sin más preámbulos, la entrevista entre ambos comenzó.

—Ante todo, deseo pedirle disculpas por el modo tan desusado con el que les recibimos, almirante Million. —se excusó Novak— Pero con posterioridad a su marcha han tenido lugar acontecimientos muy graves que justifican plenamente nuestra actitud.

—Pierda cuidado, capitán. Eso ya lo supusimos. Pero le ruego que nos comunique cual es la situación actual; estamos impacientes por saber qué ha ocurrido.



—Está bien, señor. Procuraré ser breve, aunque lo que le tengo que decir no es agradable. Poco después de partir ustedes con destino a la capital del Antiguo Imperio estalló una rebelión.

—¿Una rebelión? Pero... ¿por qué?

—Es inútil buscar un motivo y demasiado tarde ya para intentar evitarlo. lo cierto es que estalló, y con mucha fuerza. Los rebeldes arrastraron consigo a buena parte de los planetas recientemente incorporados al Imperio, y todos los intentos de conciliación fueron inútiles. Desgraciadamente, la guerra civil estalló.

—¡Una guerra civil! ¿Por qué? No había motivos. —exclamó Perr desesperado.

—¿Por qué estallan las guerras? ¿Acaso ha habido jamás una guerra justa? Quizá la culpa la tenga el hombre; un ser imperfecto no puede crear un sistema perfecto. —respondió Novak con fatalismo.

—¿Cuál es la situación actual?

—Difícil, muy difícil para los defensores del Imperio. El emperador fue asesinado a poco de comenzar la lucha; ahora es regente su primer ministro a espera de que el Consejo Imperial nombre un nuevo emperador. La lucha se ha extendido por todo el territorio y los rebeldes han conseguido apoderarse de buena parte de las provincias. Se lucha en la capital, y muchos creen que nuestra causa está ya perdida y desertan o se pasan a las filas republicanas.

—Luego, ¿es una república lo que quieren implantar los rebeldes?

—Eso afirman. Lo cierto es que por ahora únicamente muestran interés en destruir el orden creado. Todos nuestros esfuerzos se están viniendo abajo, y costará mucho tiempo volvernos a poner en pie; si es que algún día lo logramos.

—Es irónico. —respondió Million— Parece como si la adversidad se hubiera cebado con nosotros. No contenta con hacer fracasar nuestra expedición, nos ha perseguido hasta aquí destruyendo todo aquello sobre lo que se cimentaban nuestras vidas. En fin; —suspiró— nada se puede hacer frente a los designios divinos.

—Discúlpeme, señor. —le interrumpió Novak— Ya le he expuesto a usted la situación; ahora debe decidir cual es su postura. Y le comunico que, en caso de declararse partidarios de los rebeldes, deberán considerarse nuestros prisioneros. Lo lamento, pero las circunstancias me obligan a ello.



—Pierda cuidado, capitán; usted no hace sino cumplir con su labor. Responderé a su pregunta. No puedo adoptar yo solo una decisión sobre algo que afecta a todos los viajeros de esta nave, pero mi decisión particular es firme; soy leal al Imperio y lucharé hasta el fin por defenderlo. Cuénteme entre los suyos. Pero ahora le ruego que se retire a su nave; he de informar a toda la tripulación con el fin de que puedan tomar partido.

Así lo hizo el fiel capitán dejando solos a los tripulantes del *Aurora*, que fueron prestamente informados de la situación existente. Su reacción fue inmediata y unánime: se mostraron dispuestos a defender al Imperio alineándose con su capitán. Tan sólo Zealt permaneció silencioso, sin dejar siquiera entrever su decisión. No pasó desapercibida a Perr la actitud de su amigo, y por tal motivo lo llamó conduciéndolo lejos de los demás.

—Querido Zealt, circunstancias muy desgraciadas nos han envuelto en sus redes. Tú no eres, al menos oficialmente, ciudadano del Imperio; puedes mantenerte, pues, al margen de los acontecimientos. No te lo censuraré como almirante de la flota imperial que soy, pero como amigo tuyo te ruego que me digas cual es tu postura personal; es un favor que te pido.

—Amigo Perr, nunca traicionaré la amistad que nos une. Te recuerdo que hace tiempo acepté gustoso la labor que el Imperio me encomendaba; implícitamente, pues, me integré en vuestra sociedad. Yo creía en el Imperio, y estaba dispuesto a hacer por él cuanto estuviera en mi mano.

—Hablas en pasado. —se dolió Million.

—En efecto. No quiero que lo tomes ni por cobardía ni por ingratitud; no es eso. Estoy muy agradecido al Imperio por cuanto hizo por mi pueblo, y estimo que mis compatriotas jamás podrán pagar el inmenso beneficio que recibieron de él. Lo lamento, Perr, pero creo que mi presencia es ahora más necesaria en Kalpunt que defendiendo al Imperio.

—Comprendo tu actitud, y no la censuraré.

—No es lo que tú crees, Perr. Yo no vacilaría en luchar por el Imperio si tuviera la menor esperanza de que fuera una labor fructífera.

—¿Y no es así? —se extrañó Million.

—No, Perr, no es así. El Antiguo Imperio sucumbió víctima de sus propios errores. No lo derribaron; se hundió solo. Vosotros intentasteis reconstruirlo sin daros cuenta de que al restaurar el sistema resucitabais también las viejas lacras que acabaron con el mismo. El germen que había destruido al primer Imperio estaba latente aquí, y sólo era cuestión de tiempo que resurgiera de nuevo. Y el momento llegó.





—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente, el Nuevo Imperio estaba muerto desde el mismo momento en que nació. No se consigue vitalidad rejuveneciendo a un anciano, sino adoptando a un joven libre de lacras. Vuestro Imperio está muerto, muerto para siempre.

—Entonces, ¿cuál es para ti la solución?

—Buscar. Buscar una civilización joven que esté sin viciar, una cultura que no padezca los vicios que arruinaron al Viejo Imperio y que continuaban existiendo en el Nuevo. Una sociedad virgen que sepa arrancar de cero sin verse obligada a arrastrar la pesada carga de unas lacras heredadas del pasado.

—¿Y cuál es esa civilización? —preguntó entre sarcástico e interesado Perr Million.

—La mía, Perr, la de Kalpunt. El Imperio está marcado, y tarde o temprano ha de caer como una fruta madura; es ley de vida. Las civilizaciones tienen un ciclo vital al igual que los humanos; nacen, crecen... y mueren. Vosotros no creasteis una civilización nueva, tan sólo prolongasteis artificialmente la agonía de la antigua. No es este el camino; el futuro es de las culturas jóvenes, infantiles hoy en día pero que se desarrollarán y madurarán en un futuro más o menos lejano. De ellas es el porvenir.

—¿Qué piensas hacer ahora? —al fin Perr comprendía a Zealt; y lo envidiaba.

—La guerra está muy lejos de Kalpunt; mi planeta se salvará de ella. Te ruego que me proporciones los medios para llegar a él, ya que mi presencia es necesaria allí; quizá pueda servirle de ayuda para acelerar su progreso.

—Haré lo que tú dices, Zealt. Cada uno tiene su misión que cumplir; corre a encontrarte con la tuya. Yo desempeñaré la mía lo mejor que pueda.

—Adiós, Perr. Nunca te olvidaré. Deseo que logres tus objetivos; pese a todo puede que yo esté equivocado, y créeme que lo desearía con toda mi alma.

Los dos amigos se fundieron en un estrecho abrazo. Poco después una nave auxiliar, transportando como único viajero a Zealt, abandonaba el seno del *Aurora* con destino al lejano Kalpunt mientras el inmenso navío se aprestaba a seguir al crucero estelar en dirección a la capital del Nuevo Imperio. Cada cual tenía una labor que cumplir, y todos lo harían de la mejor manera posible.



Especial Premios Ignotus 2004.

---

Esta novela apareció originalmente en el número 4 de Alfa Eridiani. Tomo II.



## APOCALIPSIS RELATIVO (O NO)

*por Alfredo Álamo*

Indudablemente este fue el poema más hard de lo dos que me envió en su momento para el Especial Poesía. Eso explica mi predilección por el mismo.

Sigue mi mirada por la ventana  
A las estrellas rojas y a las enanas blancas

Pero ninguna me llama y me ama mañana  
Los días serán azules.

Se extinguen los fuegos de la humanidad  
Empieza a correr el aire,  
Hace fresquito en este planeta  
Dicen los dioses nuevos.

Los soles son rojos las novas explotan  
Me gusta el espacio en blanco,  
Agujeros se forman para traernos delirios  
De tiempos y gravedades.

Y se acaba el tiempo en las dimensiones  
Y se acaba el cielo sin más razones  
Y se acaba el sueño de civilizaciones  
Relativo cósmico pequeño eterno  
Los dados blancos ya se han lanzado  
Binario cuántico donde está el gato  
La orquesta sigue tocando  
La orquesta sigue tocando  
La orquesta sigue tocando

© Alfredo Álamo

Este poema apareció originalmente en el número 6 de Alfa Eridiani.